

CON LA BEBIDA CONCILIABA EL SUEÑO

Como el calamitoso huracán que devastó los sueños de su juventud, el alcohol fue azotando su vida. A.A. dispó la tormenta e hizo brillar nuevamente el sol.

Soy una víctima más de la insidiosa y progresiva enfermedad del alcoholismo. Aunque no siento orgullo al subrayar que *soy un alcohólico*, tampoco me avergüenzo de decirlo, porque de la aceptación incondicional de ese hecho ha dependido en gran parte la tranquila sobriedad que estoy disfrutando en estas 24 horas de mi vida y la que he disfrutado en los muchos períodos sucesivos de 24 horas que plácidamente han transcurrido desde el día feliz en que por vez primera encaminé mis pasos hacia una reunión de Alcohólicos Anónimos.

El historial de mi vida alcohólica es un compendio de fracasos, desafueros y calamidades que me empujaron sin cesar hasta el borde mismo de un pavoroso precipicio sin fin. Empecé a empinar mis primeras copas durante la época de la prohibición, en compañía de un grupo de amigos que como yo, cursaban estudios en la Escuela Superior de Mayagüez. Cuando nos graduamos yo ya sobresalía entre todos los graduados por la mayor cantidad de licor que ingería en aquellas fiestas bulliciosas.

Desde muy niño se me había dicho que yo sería el médico de la familia y tan frecuentemente se me repetía esto que ya en mis sueños divagadores de adolescente me veía como todo un experto cirujano en el ejercicio triunfal de la carrera seleccionada por mis mayores, a la cual había tomado verdadero cariño. Pero como suele suceder, hay cosas imprevistas que cambian el curso en la vida de los seres humanos. En mi caso, lo imprevisto vino en forma del famoso huracán de

más alto de la clase, se me nombró Supervisor de Distrito. Desde ese mismo instante empezaron de nuevo mis dificultades como consecuencia de la bebida, y continuaron en forma ascendente hasta que, en el año 1949, el licor ocupaba un sitio prominente en mi vida, pues a pesar de todos mis esfuerzos no conseguía mantenerme alejado de la botella. Traté por todos los medios imaginables de "controlar" la bebida, cambiando de diferentes marcas y clases, tomando nada más que cerveza, después optando por vinos livianos, no tomando de día, no tomando solo, etc., y como resultado final, terminando siempre en la consabida y desastrosa borrachera de las veces anteriores.

Ya no me era posible conciliar el sueño sin las correspondientes copas; asearme y afeitarme al día siguiente era un martirio debido al estado nervioso en que me encontraba; sufría náuseas antes y después del desayuno y era enorme el sobresalto y la angustia que me embargaba al no poder recordar mis actuaciones de la noche anterior. El horario de mis comidas era completamente irregular así como mi vida entera. Para colmo de miserias llegué a convertir la vida de mi hogar y la de mis seres queridos en un infierno. En esa época, a mediados del año 1949, desesperado por aquella vida insostenible que en parte he tratado de describir, me recliné espontáneamente en un hospital y me sometí a tratamiento médico, el cual según se me aseguró, me curaría del maldito hábito de la bebida. Viviré siempre agradecido por las atenciones que el personal técnico y administrativo de esa institución me dispensó durante los días que estuve allí recluido, pues aunque no obtuve con el tratamiento los resultados esperados, tengo que admitir que me hizo mucho bien.

Me reintegré de nuevo a mis labores oficiales, alejándome de toda actividad social y profesional que pudiera ponerme en contacto con la botella. A los cinco meses de haber salido de la clínica, en enero de 1950, fui ascendido y trasladado a la oficina central, y por cerca de seis meses más logré mantenerme, por miedo, alejado de la bebida. Al transcurrir ese

período de tiempo acepté una invitación para asistir a una despedida que se ofrecía a una compañera que dejaba nuestra agencia para ir a trabajar a otra. Este era el primer acto social al que concurría en once meses de artificiosa sobriedad. A medida que la reunión se animaba y que al compás de los brindis tomaba un giro más festivo, más fuera de lugar me sentía y mayores esfuerzos tenía que hacer para no ceder a la tentación de la primera copa. En ese estado de ánimo me hallaba cuando aconteció algo que me afectó grandemente y me produjo un desbalance emocional de tal índole que, sin percatarme y sin pensar siquiera en las consecuencias que tal acción podría acarrearle al pasar el mozo frente a mí con el azafate de bebidas, cogí una copa y la tomé. De ahí en adelante cuantas veces pasaba el mozo cerca de mí otras tantas repetía yo la dosis. Pareciéndome ya mucho el tiempo que transcurría entre uno y otro servicio, me trasladé a la cantina para estar más cerca de donde se preparaban las bebidas y poder así repetir con mayor frecuencia las tomas. Al rato de estar en la cantina me retiré de la fiesta y me trasladé a un *bar* en busca de una bebida que tuviera más autoridad (whiskey) que la que había estado tomando. No recuerdo exactamente la cantidad de tragos que ingerí esa noche ni la hora y condiciones en que llegué a mi hogar. Lo que sí recuerdo perfectamente es el tremendo malestar del día siguiente, acompañado de un sentimiento de culpabilidad y un gran remordimiento por lo acaecido la noche anterior. Para calmar mis nervios y la ansiedad que sentía, recurrí al remedio clásico de todo borrachón . . . un buen trago. A este trago siguieron muchos más hasta que al cabo de pocos días tenía una borrachera peor que las últimas que había padecido antes de someterme al tratamiento antes referido. Cuando debido a mis obligaciones, logré parar, me di perfecta cuenta de la horrible situación en que me hallaba otra vez, siendo mi desesperación tanto mayor al creer que mi caso no tenía remedio. Estando en esta encrucijada, me topé con una persona amiga que pareció leer en mi semblante la tortura in-

terna que estaba padeciendo. Me dijo que podía notar que algo grave me preocupaba y que si me parecía bien, le informara de qué se trataba para ayudarme. A pesar de mi desesperación y nerviosismo, me revestí de valor, y aprovechando la oportunidad que tan sinceramente se me brindaba, le confesé con franqueza y sin ambages la difícil situación que estaba atravesando como consecuencia de mi esclavitud y vasallaje a su majestad el alcohol.

Después de oírme pacientemente me aseguró que de tener yo un sincero deseo de dejar de beber, había para mí una solución factible al problema que confrontaba si me unía al grupo de Alcohólicos Anónimos que celebraba reuniones en San Juan dos veces por semana. Esta persona amiga a quien me refiero, no tiene problemas con el alcohol y quiero aprovechar esta oportunidad para hacer reconocimiento de la eterna deuda de gratitud que con ella tengo contraída, complaciéndome en agregar que cada vez que se me ofrece la oportunidad de llevar este mensaje de esperanza a los que aún sufren, lo hago con el mismo espíritu de amor y caridad con que me fue transmitido a mí.

Dos días después de ese encuentro, el último viernes del mes de julio del año 1950, solicité de mi esposa que me acompañara en mi primera visita al Grupo A.A. de San Juan. Esta es una fecha memorable en nuestras vidas. Nunca olvidaré las muestras de simpatía, solicitud y comprensión con que nos recibió aquel grupo de hombres y mujeres allí reunidos. Empezó la reunión y no habían transcurrido 30 minutos cuando me dirigí a mi esposa que estaba a mi lado y le dije: "Aquí me quedo yo porque sé que aquí he de resolver mi problema alcohólico". Lo cierto es que para mí en esa noche se encendió una luz que disipó la densa niebla alcohólica que obscurecía mi cerebro. Allí aprendí que yo no me excedía con el licor en la forma en que lo había venido haciendo durante los últimos años porque fuera un degenerado o un vicioso como yo mismo llegué a creer, sino porque como otros tantos, era víctima de la enfermedad del alcoholismo,

que por el crisol que yo había pasado otros muchos también habían pasado y aún muchos más estaban pasando.

Hace ya tres años y tres meses que me puse en contacto con Alcohólicos Anónimos y ese mismo tiempo hace que, a base de 24 horas a la vez, he logrado mantenerme alejado de esa primera fatídica copa. Durante ese lapso de tiempo he logrado, con la ayuda de Dios y de Alcohólicos Anónimos, reconstruir el edificio en ruinas de mi vida pasada, compartiendo con mi esposa e hijos los bienes espirituales que como una bendición hemos estado recibiendo desde el día mismo en que me sumé a las filas de este ejército de hombres y mujeres que comparten entre sí sus experiencias, fortaleza y esperanza.

Para terminar sólo me resta decir que yo no sé si hoy no estoy tomando porque soy feliz o si soy feliz porque no estoy tomando. Dejo a los que lean estas líneas que lleguen a sus propias conclusiones a este respecto.